Walter Scott

El Espejo de la Tía Margarita



ELEJANDRIA

Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

El espejo de la tía Margarita

Walter Scott

Publicado: 1828
Fuente: BNE
Traducción: Anónimo
Edición original: Nueva colección de novelas, tomo III, Madrid, 1830-1837

El espejo de la tía Margarita

1. El espejo de la tía Margarita
    1. Nota de la edición
        1. Introducción

Guide

1. El espejo de la tía Margarita

El espejo de la tía Margarita

Nota de la edición

Esta edición digital reproduce el relato «El espejo de la tía Margarita» (*My Aunt Margaret's Mirror*, 1828), de Walter Scott, según el tomo III de la *Nueva colección de novelas* de Walter Scott «traducidas por una sociedad de literatos» (Madrid, 1830-1837; ejemplar de la Biblioteca Nacional de España, signatura 5/2608 V. 3). La traducción, anónima, se hizo a partir de la versión francesa.

Se ha modernizado la ortografía (acentuación, grafías y signos de apertura de interrogación y exclamación) conforme a las normas actuales de la RAE, sin alterar el vocabulario ni la sintaxis del traductor, y se han corregido las erratas evidentes de imprenta.

> Hay momentos en que la imaginación se extravía a pesar de la vigilancia de nuestra razón; en que la realidad parece una sombra; en que las sombras parecen cuerpos; en que la barrera inmensa que separa la verdad de la ficción parece estar derribada, como si los ojos del alma pudiesen penetrar más allá de los límites del mundo. Yo prefiero este delirio, estas ilusiones de la imaginación errante por los espacios imaginarios, a todas las tristes realidades de la existencia. —Anónimo.

Introducción

Mi tía Margarita pertenecía a la respetable clase de las hermanas de la caridad, a quienes por un justo derecho fueron devueltos todos los cuidados, todos los engorros que ocasionan los niños, exceptuando aquellos que son inherentes a su nacimiento. Nuestra familia era numerosa y compuesta de criaturas de diferentes caracteres y temperamentos. Algunos estaban tristes y rabiosos, y se los enviaban a la tía Margarita para que los distrajese: otros, que eran huraños, vivos y revoltosos, se los enviaban a la tía Margarita para sujetarlos, o más bien para desembarazarse de su ruido. La enviaban también los que estaban enfermos para que los cuidase, y a los que eran obstinados para que los corrigiese con la dulzura de sus reprensiones: en fin, ella llenaba todos los deberes diferentes de una madre, sin tener el honor y la dignidad del carácter maternal. El término de sus cuidados ha llegado; de todos los niños enfermizos o robustos, ásperos o cariñosos, tristes o festivos que aturdían su pequeño aposento desde la mañana a la noche, ninguno existe ya, excepto yo que fui atormentado por las enfermedades precoces, sin embargo los he sobrevivido.

Tengo aún la costumbre, y la seguiré mientras pueda manejar mis remos, de ir a visitar a mi respetable parienta a lo menos tres veces por semana: su casa está como una media milla distante de los arrabales de la ciudad donde yo resido: es accesible no solo por el camino real, del que está a alguna distancia, sino por un camino cubierto de césped que conduce a ella atravesando unas hermosas praderas. Yo tengo tan pocos tormentos en la vida, que una de mis mayores penas es la de saber, que muchos de estos campos que se ven aquí desamparados, están destinados para la construcción de edificios; en este que es el más próximo a la ciudad he visto durante muchas semanas un número tan grande de carretones, que creía, en verdad, que toda su superficie a una profundidad de diez y ocho pulgadas a lo menos, fuese levantada y transportada a otra parte en estos carros de una rueda: inmensas pilas triangulares de tablas han sido colocadas en diferentes puntos de la pradera, condenada a dejar de serlo, y un bosquecillo de árboles que adornaba aún el costado del Oriente que se eleva por una pequeña colina, acaba

de recibir su decreto de muerte, anunciado por un chafarrinazo de pintura blanca: estos árboles deben ser remplazados por un grupo de chimeneas.

Otros acaso se afligirían en mi situación pensando en que todos estos pastos han pertenecido a mi padre, cuya familia gozaba de alguna consideración en el mundo, y que después fueron vendidos poco a poco para remediar la escasez en que le sumergió una empresa mercantil, que había empezado con el objeto de reparar su fortuna bastante decaída. Mientras los proyectos de construcción se hallaban en el mayor vigor, estos amigos que cuidaban de que el menor de nuestros infortunios no se escapase a nuestra atención, me decían frecuentemente:

—Esos pastos, estando situados tan cerca de la ciudad darían de producto en nabinas y patatas, veinte libras esterlinas por fanega de tierra; y si vendidos para la construcción ¡oh! entonces era una mina de oro, y sin embargo el propietario antiguo se deshizo de ellos por una bagatela. Mis consoladores no podían lograr excitar mis quejas sobre esta materia y si me fuese permitido dirigir mis miradas sobre lo pasado sin hallar obstáculos, abandonaría muy gustoso el goce de mi fortuna presente y mis esperanzas futuras a los que compraron lo que mi padre ha vendido. Siento las alteraciones de este suelo solamente porque destruyen la memoria, y preferiría más, me parece ver los cercados del condado en manos de extranjeros, si conservaban su aspecto campestre, que saber eran míos estando destruidos por la agricultura o cubiertos de edificios. Mis sensaciones son las del pobre Logan.

«Césped querido, amigo consolador de mi infancia, teatro de mis pueriles juegos, ya pereciste bajo la reja destructora del arado; y la hacha ha destruido el florido espino, bajo el que alegre y gozoso buscaba el escolar con ardor un abrigo protector contra los fuegos del día……»

Yo espero, sin embargo, que la horrorosa devastación no se consumará en mis días: aunque el espíritu aventurado de la época haya hecho concebir el proyecto de esta empresa, me fundo en creer que las trabacuentas que ha habido han resfriado un poco a los especuladores, y que el terreno arbolado, y el sendero que conduce al retiro de la tía Margarita, serán conservados por el resto de sus días y de los míos: estoy interesado en ello, pues cada paso del camino, después de haber atravesado las praderas, tiene grabados mil recuerdos de mi infancia. Ved aquí la escalera donde me acuerdo que una niña de carácter indigesto me echó en cara mi debilidad, ayudándome a escalar

con frialdad y como de mala gana la cerca escarpada que mis hermanos saltaban enredando. Me acuerdo de la pena que tuve en este momento, y convencido de mi inferioridad, de la envidia con que miraba la agilidad y elasticidad de los miembros de mis hermanos de una constitución más feliz que la mía. ¡Ah! aquellas barcas tan sólidas han perecido todas sobre el inmenso océano de la vida, y la que parecía tan poco digna de ser lanzada a la mar es la que ha arrostrado todos los peligros, despreciando la tempestad y navegando hasta el puerto.

He aquí el estanque donde, maniobrando nuestra flotilla construida de juncos, cayó mi hermano mayor, de donde fue sacado con trabajo para morir después bajo las banderas de Nelson. Ved aquí el soto de avellanos donde mi hermano Enrique iba a coger avellanas sin saber que debía morir en una junquera[1] india buscando cerezas.

Hay tantos recuerdos en las inmediaciones de este sendero, que cuando me detengo, apoyado sobre mi muleta, y miro alrededor de mí, comparando lo que fui con lo que soy, acabo por dudar de mi propia identidad, hasta el momento en que me hallo frente al pórtico de madreselva de la residencia de mi tía Margarita, mansión cuya fachada es irregular, y cuyas ventanas góticas, en forma de enrejados a celosías, dan margen a pensar que los arquitectos se propusieron construirlas enteramente diferentes las unas de las otras por la forma, el tamaño, la piedra del cornisamento de un gusto anticuado y los lambeles que les sirven de adorno. Esta casa que ha sido hace tiempo el casar de los cercados del condado, nos pertenece aún; pues por algunos convenios de familia fue asegurada a la tía Margarita por su vida. Esta propiedad precaria es en cierto modo la última sombra de la familia de Bothwell de los cercados del condado, y lo que la resta de la herencia paternal. Cuando, a la muerte de esta anciana mujer, pase esta casa a manos extrañas, el único representante de la familia será entonces un viejo enfermo, viendo acercarse la muerte que ha devorado todos los objetos de su cariño.

Después de haber recorrido en mi pensamiento por espacio de algunos minutos todas estas ideas, entro en el casar, que dicen no era más que un pabellón del edificio primitivo, y hallo allí un ser sobre el que parece tener bien poco imperio el tiempo; y sin embargo hay tanta diferencia entre la edad de la tía Margarita de hoy y de la tía Margarita de mi primera juventud, como entre el niño de seis años y el hombre de cincuenta y seis: pero el

traje de esta anciana no contribuye poco a persuadir que el tiempo ha olvidado a la tía Margarita.

El color moreno o chocolate de su vestido de seda, con vuelos a los codos de la misma tela, entre los que hay otros; los encajes de Malinas; los guantes de seda negra o mitones sin dedos, los cabellos blancos atusados hacia atrás sobre un rodete acolchado, y su gorrita de batista sin mancha que cubre una cabeza venerable; todo este traje era muy diverso del que se usaba en 1780 y menos aún del de 1826; y parecían ser particulares solo de la tía Margarita: aún se halla sentada donde se sentaba hace treinta años; con un torno de hilar o su calceta al fuego en el invierno, y a su ventana en el verano, o bien se arriesga a salir de paseo hasta el pórtico en las tardes más calorosas de la buena estación. Sus miembros semejantes a las piezas sólidas de algunas máquinas llenan aún las funciones para que fueron destinados, y se mueven con una actividad que pierde gradualmente; pero que no indica hallarse aún en el punto de detenerse enteramente.

El cariño y afán que hicieron a la tía Margarita esclava voluntaria de una multitud de niños, tienen ahora por objeto la salud y bienestar de un hombre anciano y enfermo, el único pariente que le queda, y la única persona que puede hallar interés en las tradiciones que ella recoge, como el avaro oculta el oro de que ninguna persona quisiera disfrutase ni aun después de su muerte.

Mi conversación con mi tía Margarita rara vez tiene relación con lo presente ni con lo futuro, porque lo pasado posee todo lo que sentimos, pues no desearíamos tener más; y por lo venidero no tenemos ni esperanzas, ni temores ni inquietudes. Fijamos naturalmente nuestras reflexiones sobre lo pasado, y olvidamos el estado miserable de nuestra fortuna presente, la decadencia de nuestra familia, recordándonos de aquellas horas de su riqueza y de su prosperidad.

En vista de esta ligera introducción conocerá el lector lo que es necesario para comprender la conversación y narración siguientes.

La semana pasada fui una tarde a visitar a esta pobre vieja que ya conoce mi lector, y aunque fui recibido con aquel cariño y bondad ordinarias, sin embargo me pareció estar absorta y dispuesta al silencio: yo la pregunté por qué estaba así, y me respondió diciendo:

—Han limpiado la capilla antigua por haber descubierto John Cleighudgeons, (según parece, y supongo sean los restos de nuestros antiguos) que lo que contenía convenía maravillosamente para abonar los campos.

Al oír estas palabras me estremecí con más viveza que nunca, y me senté mientras mi tía poniendo la mano sobre mi brazo, proseguía:

—Han mirado la capilla hace mucho tiempo, hijo mío, como un común y ha servido de aprisco para las ovejas. ¿Y de qué podemos reconvenir a un hombre que emplea sus bienes en su propio uso? A más de esto yo le he hablado, y me ha prometido con la mayor atención que si hallaba algunos huesos o tumbas, serían respetados y puestos en su lugar. ¿Qué más podía yo pedirle? La primera piedra sepulcral que han hallado tenía el nombre de Margarita Bothwell, 1585; he mandado que la pongan a un lado con cuidado, porque me persuado de que es para mí un presagio de muerte. Habiendo servido esta piedra a la que llevaba mi nombre hace doscientos años, ha sido desenterrada para hacerme a mí el mismo servicio. Hace mucho tiempo que mi casa está arreglada en todo cuanto concierne a los negocios de este mundo; ¿pero quién podrá asegurar si tiene del mismo modo arreglada la paz que necesita con el cielo?

—Según acabáis de explicaros, tía mía, la dije yo, debería yo tomar mi sombrero y marcharme; y lo ejecutaría si no advirtiese que en esta ocasión tiene vuestra devoción alguna dosis mezclada de cavilosidad y aprensión: no hay duda en que es un deber pensar en la muerte en todos tiempos; pero creerla muy próxima porque hayan hallado esa lápida sepulcral de tantos años, que casualmente tiene vuestro nombre, es una superstición: y vos, que por tanto tiempo habéis raciocinado con tanto juicio y talento, siendo la directora de una familia ya casi extinguida, vos, digo, ¿podría yo creer fueseis la única persona capaz de semejante debilidad?

—Pues no mereceríais, sobrino mío, pensaseis así si hablásemos de otro cierto accidente de la vida humana, y que tuviese relación con el presente o con el porvenir; mas por lo que toca a lo pasado soy culpable de una supersstición y con la circunstancia de que no deseo de ninguna manera corregirme. Es un sentimiento que me separa del siglo y que me une aún con aquellos que voy a ver otra vez; y también, cuando estas ideas me presentan así como hoy, un sepulcro medio abierto, convidándome a contemplarle, no quisiera separarle de mi memoria; pero no tienen influjo sino sobre la ima-

ginación y la ocupan con moderación sin trastornar ni mi razón ni mi conducta.

Seguramente, tía mía, que si otra persona me hubiese hecho semejante declaración, la hubiese hallado tan caprichosa como el ministro, que sin tratar de defender ni corregir su texto equivocado, prefería, llevado ya solo de la costumbre, su antiguo *mumpsimus* al moderno *sumpsimus*.

Y bien, respondió mi tía; es preciso que yo explique mi inconsecuencia sobre este punto comparándola con otra. Yo soy, como tú sabes, una de aquellas personas antiguas que llaman *Jacobitas*; pero yo soy Jacobita solo en mis sentimientos y sensaciones, porque jamás criatura alguna unió con más sinceridad y adhesión sus votos a los que se hacen por la conservación de Jorge IV: Dios le conceda una vida dilatada; pero estoy persuadida de que nuestro buen Soberano no pensará que una vieja pueda ofenderle cuando apoyada sobre su sillón de brazos y guiada por una luz dudosa como esta, piensa en aquellos hombres animosos que creyeron les llamaba su deber a tomar las armas contra su abuelo, y como por una causa que suponían la de su príncipe legítimo y de su patria, se batieron hasta que su mano quedó pegada a la espada, y que aunque la fortuna les miró contraria, no por eso quedó abatido su espíritu.

No vengáis en semejante momento, cuando mi cabeza está poseída de tantas reflexiones, a obligarme a convenir, como lo temo, en lo que no puedo negar; es decir, que el bien público exigía la abolición de todas las cosas que yo sueño. Es cierto que no puedo dejar de reconocer la razón de vuestro raciocinio; mas estando convencida contra mi voluntad, habéis adelantado bien poco con vuestras demostraciones: como si leyeseis a un amante ciegamente enamorado, el catálogo de las imperfecciones de su querida; pues después de haberle obligado a escucharlas, no sacaríais otra respuesta sino la de que la ama mucho más.

No me disgustaba el que la tía Margarita hubiese cambiado el curso melancólico de sus pensamientos; y por lo tanto la respondí en el mismo tono:
—Yo no puedo menos de creer que nuestro buen Rey está tanto más seguro del afecto verdadero de mistriss Bothwell, cuanto que tiene en su favor el derecho de nacimiento de los Stuardos, como también el que resulta de la acta de sucesión.

—Es posible que mi adhesión tome su origen de la reunión de los derechos de que habláis, y que por lo tanto sea tan firme; pero os aseguro bajo mi palabra de honor, que sería tan sincera si el derecho del Rey no estuviese fundado más que en el voto del pueblo, como ha sido declarado en la revolución: yo no soy de vuestra gente *jure divino*2.

—Y sin embargo sois Jacobita.

—Y sin embargo soy Jacobita, o más bien os dejo el permiso de contarme en aquel partido cuyos miembros eran llamados el partido de los *extravagantes*3, del tiempo de la reina Ana, porque se dejaban guiar tan pronto por sus impresiones, como por sus principios. Además es muy extraño que no queráis permitir a una pobre vieja que sea tan poco consecuente en sus sentimientos políticos como los hombres lo son generalmente en los diferentes incidentes de la vida. No me citaréis uno cuyas preocupaciones y pasiones no le extravíen continuamente del camino que le marca la razón.

—Es cierto, tía mía, pero vos sois una de aquellas personas que se extravían con placer, y a quienes se debiera obligar a tomar el camino derecho.

—Perdonadme, os suplico: os acordaréis de aquella canción gaélica que dice, sin embargo de que yo pronuncio incorrectamente las palabras:

Hatil mohatil, na dowski mi.
Yo duermo, pero no me despiertes.

Yo os aseguro, mi querido pariente, que los sueños en que se complace mi imaginación y lo que llamáis caprichos de mi espíritu, equivalen a todos los sueños de mi juventud. Ahora en vez de ocupar mi pensamiento en el porvenir y formar palacios encantados a orillas del sepulcro, fijo mis miradas en lo pasado, pienso en los días y costumbres de mis mejores tiempos, y son tan apreciados por mí aquellos tristes recuerdos, que sin embargo me sirven de tanto consuelo, que yo casi me digo que es un sacrilegio pensar con más juicio, ser más razonable, y tener menos preocupaciones que las que yo venero desde mi juventud.

—Me parece que ahora comprendo lo que queréis decir, y concibo que de cuando en cuando podéis preferir el resplandor aparente y dudoso de la ilusión a la luz invariable de la razón.

—Luego que se concluyan las tareas del día y que nada reste que hacer, podemos, si gustáis, quedarnos a oscuras, y cuando nos pongamos al trabajo

será cuando pidamos las luces.

—Y en medio de esta oscuridad, repuse yo, la imaginación crea visiones encantadas, y persuade frecuentemente a los sentidos de su realidad.

—Sí, dijo la tía Margarita, cuya memoria prueba que ha leído los poetas, para aquellos que se parecen al traductor del Tasso.

«Poeta poderoso, cuya imaginación exaltada cree las maravillas mágicas que canta.»

No es necesario experimentar las penosas sensaciones que ocasionaría una creencia real en tales prodigios. Semejante creencia en nuestros días está reservada a los espíritus débiles y a los niños. Tampoco es necesario sentir en vuestros oídos un zumbido sordo, ni perder el color hasta presentar la palidez de la muerte, como Teodoro a la vista del espectro del cazador[4]. Todo lo que es indispensable para gozar de la dulce impresión de un terror singular, está cifrado en ser susceptible de un ligero espeluzo al escuchar un cuento espantoso, un cuento que referido con destreza y expresando el mismo que le relata ser incrédulo para toda lectura maravillosa, le explique con tal propiedad y admiración como si tuviese en sí alguna cosa que confiese le es imposible explicar. Existe otro síntoma, y es cierta perplejidad momentánea, mirando alrededor de nosotros en el punto en que lo más importante del cuento se halla en su fuerza; y últimamente hay un tercer síntoma, que es, el deseo de evitar el fatal encuentro de un espejo para no mirarse en él por la noche hallándose uno solo en su cuarto. Tales son las señales que indican que la imaginación de una mujer se halla en una disposición favorable para escuchar una historia de habitantes del otro mundo, de muertos aparecidos, y de almas en pena. No pretendo describir los síntomas que indican la misma disposición en un hombre.

—Ese último síntoma de no mirarse al espejo, tía mía, debe ser muy raro en el bello sexo.

—Sois muy novicio en las costumbres del tocador, querido sobrino. Todas las mujeres consultan al espejo con ansiedad antes de presentarse en la sociedad; pero cuando vuelven no tiene ya su luna los mismos encantos. El dado se ha echado, y la impresión que deseaban producir, ha tenido o no buen suceso: mas sin tratar de ir más lejos en los secretos de los espejos, os diré que yo misma, así como otras muchas personas, no gusto de tener un

espejo ancho en un cuarto con poca luz como la de una bujía, que parece más bien perderse en la profunda oscuridad de la luna que reflejar en el aposento: ocupado este espacio por las tinieblas, es un vasto campo donde la imaginación coloca sus quimeras: produce otras facciones diferentes que las nuestras; o bien como en las apariciones de la víspera de Todos los Santos, nos hace ver algún rostro desconocido mirando por detrás de nuestras espaldas. En fin, cuando yo estoy poseída de un humor sombrío, mando a mi criado que corra la cortina verde sobre el espejo de mi tocador antes de entrar en mi cuarto, para que ella tenga el primer encuentro de mi aparición, si es que debe haber alguna. Mas para deciros la verdad, esta antipatía de mirarse en un espejo en ciertas ocasiones y en ciertos parajes, está fundada, a mi entender, sobre una historia que por tradición tengo de mi abuela, que hizo un papel en la escena que voy a referiros.

Veo que a ti, querido sobrino, te agradan mucho las cosas excelentes de nuestros antepasados; y quisiera poder pintarte a Sir Felipe Forester, el libertino consumado de la famosa compañía de Escocia hacia el fin del último siglo. Confieso que yo no le he visto nunca, pero las anécdotas de mi madre estaban llenas de su talento, de su galantería y de su disipación. Aquel lucido caballero era uno de los que más brillaban, como te he dicho, a fines del siglo 17 y principios del 18. Era el Sir Carlos Easy[5] y el Lovelace[6] de mi tiempo y de su país; muy nombrado por la multitud de desafíos que había tenido, y el número de sus intrigas amorosas: la superioridad que había adquirido en el mundo a la moda era absoluta; y cuando se considere una o dos de mis aventuras, por las que (si las leyes han sido dictadas para todas las clases, hubiera debido ciertamente ser ahorcado), el favor de que gozaba un hombre semejante, sirve para probar que hay más decencia, cuando no virtud, en los tiempos presentes que en los pasados: o que los buenos modales eran antiguamente más difíciles de adquirir que lo que se llama así al presente; y que por consecuencia el que las poseía obtenía en proporción indulgencias plenarias y privilegios por su buena conducta. No había en aquella época un hombre más galante y cortés, y que fuese el héroe de una historia más horrorosa que la de la bella Peggis Grindston, la hija del molinero en Sille-Mills. Aquella joven hubiera podido ocupar al lord-abogado; pero no hizo más daño a la reputación de Sir Felipe que el granizo a la piedra: fue mejor recibido que nunca en la sociedad, y comió en casa del Duque de Argile el día en que la pobre joven fue enterrada, pues murió de dolor: mas esto no tiene relación con mi historia.

Ahora es preciso escuchéis algunas palabras sobre parientes y amigos: prometo no ser prolija; pero es necesario, para la autenticidad de mi relación, que sepáis que Sir Felipe por su hermosura, su talento sobresaliente y por la elegancia de sus modales se casó con la más joven de las miss Falconer de King's Copland. La hermana mayor de esta señora había sido mujer de mi abuelo Sir Geoffrey, y trajo a nuestra familia una fortuna considerable. Miss Jemina, o miss Jenia Falconer, como se llamaba ordinariamente, tenía cerca de diez mil libras esterlinas, que entonces era un bonito dote.

En nada se parecían las dos hermanas, aunque una y otra tuviesen admiradores siendo solteras. Lady Bothwell tenía en sus venas la sangre del anciano King's Copland. Era mujer de resolución y atrevida, mas no audaz, y al mismo tiempo muy ambiciosa y llena de los más ardientes deseos de lograr la elevación de su casa y familia: esta era, según la opinión general, un aguijón, un fuerte estímulo para mi abuelo, que era naturalmente indolente, y que (a menos que no sea una calumnia), por las instigaciones y consejos de su mujer, se zambulló, séame permitida esta expresión, en muchas intrigas políticas que hubiera sido más prudente evitar. Sin embargo, era una mujer de unos principios sólidos y seguros, y de un juicio y discernimiento muy sano, como lo prueban algunas cartas que tengo aún en mi poder.

Jemina Falconer era en todo el reverso de la medalla con respecto a su hermana: su talento no pasaba de los límites regulares, si podemos decir que llegaba a ellos. Su hermosura, mientras duró, no consistía más que en la delicadeza de su color, en la tez de su rostro, y en unas facciones regulares sin expresión; y aun estos mismos encantos desaparecían en las desgracias de una unión sin armonía. Ella amaba con pasión a su marido, y este la trataba con una indiferencia muy política; que para una mujer de un corazón tan tierno, era más sensible y venenoso acaso que los malos tratamientos. Sir Felipe era un voluptuoso y es decir, un completo egoísta, cuyas inclinaciones y carácter se parecían a la espada que llevaba fina y brillante, pero inflexible y sin piedad. Como observaba cautelosamente todos los modales de la política con su mujer, tenía el arte de privarla hasta de la compasión de sus semejantes; y aunque sea bastante inútil a los que la poseen, era bien sensible para una mujer como Lady Forester no haberla obtenido.

Los chismes y murmuraciones de la sociedad hacían culpable al marido: algunas personas llamaban a Lady Forester una pobre criatura, sin carácter, y declaraban que con una dosis de la energía de su hermana hubiera podido

imponer a todos los Sirs Felipes del mundo, aunque fuesen semejantes al temible Falconbridge7. Pero la mayor parte de los amigos de ambos esposos afectaban la mayor sinceridad y veían tormentos y sufrimientos por ambas partes, aunque no hubiese más que un opresor y una oprimida. Estos sinceros amigos se explicaban así: —Ciertamente ninguna persona pretenderá defender a Sir Felipe Forester; pero al fin nosotros conocemos todos a Sir Felipe, y Jemina Falconer podía adivinar lo que debía esperar. ¿Quién la mandó comprometerse con Sir Felipe? Nunca se hubiera acordado de ella si ella no hubiese dado los primeros pasos con sus pobres diez mil libras esterlinas, a menos que él no hubiera tenido necesidad de dinero. Ella, pues, ha querido comprometer la felicidad de su vida: conocemos mujeres que hubieran convenido mejor a Sir Felipe; mas al fin, si quería casarse indispensablemente con este hombre, ¿no podía procurar hacer más grata su casa a su marido, reunir con más frecuencia en ella a sus amigos, no aturdir con los gritos de los niños, y cuidar de que todo a su alrededor fuese elegante y de buen gusto? Estamos en la persuasión de que Sir Felipe hubiera hecho un marido muy regular, si su mujer hubiese sabido cautivarlo.

Mas los que construían este brillante edificio de felicidad doméstica, olvidaban que la piedra angular era lo que precisamente faltaba; que para reunir una numerosa sociedad y tener buena mesa, debían haberse hecho los gastos del banquete por Sir Felipe, cuya fortuna dilapidada no hubiera bastado a tales gastos, supliendo al mismo tiempo a sus placeres. De este modo, a pesar de lo que le habían sugerido sus caritativos amigos, Sir Felipe alejó de su casa el buen humor y la afabilidad, dejándola sola, y a su esposa desolada.

En fin, escaso ya de fortuna y cansado de los cortos momentos que pasaba en su triste casa, resolvió dar una vuelta por el continente en calidad de voluntario. Entonces era muy común entre los hombres de un nacimiento distinguido tomar este partido, y acaso se lisonjeaba nuestro caballero de que una tintura del carácter militar, suficiente a exaltar, pero no lo bastante para ser pedante, aumentaría sus medios y le conservaría aquella situación elevada que gozaba en los rangos de la moda.

La resolución de Sir Felipe puso a su mujer en consternación, apoderándose de ella todas las angustias del terror, y el elegante Baronet casi se vio conmovido de compasión. Contra su costumbre se interesó en calmar sus temores, e hizo por última vez derramar a su mujer lágrimas, en lo que se

mezclaba una especie de placer. Lady Bothwell pidió como un favor el consentimiento de Sir Felipe para recibir en su casa a su hermana y a sus hijos durante la ausencia del jefe de la familia. Sir Felipe aceptó inmediatamente una proposición que ahorraba gastos, imponía silencio a las personas que le hubiesen acusado de abandonar a su mujer y a sus hijos, y que agradarían mucho a Lady Bothwell, a la que tenía un cierto respeto involuntario; porque ella le había hablado siempre con franqueza, y algunas veces con severidad, sin temer sus chanzas o el prestigio de su reputación.

Uno o dos días antes de ausentarse Sir Felipe, Lady Bothwell se tomó la libertad de dirigirle en presencia de su mujer la cuestión positiva que esta última había frecuentemente deseado agitar sin tener valor para decidirse a ello.

—¿Podríais tener la bondad de decirnos, Sir Felipe, qué camino tomaréis luego que hubieseis llegado al continente?

—Voy desde Leith a Helvoet por un paquebote.

—Lo comprendo muy bien, respondió secamente Lady Bothwell; pero presumo que no tenéis la intención de deteneros mucho tiempo en Helvoet, y desearía saber a qué punto os dirigiréis cuando dejéis esa ciudad.

—Me hacéis, Lady Bothwell, una pregunta que no me he atrevido aún a hacerme a mí mismo: mi respuesta depende de la suerte de la guerra: yo iré, como es natural, al cuartel general, donde quiera que la suerte me depare, para presentar en él mis cartas de recomendación: allí aprenderé del noble arte de la guerra todo lo que necesita saber un pobre aficionado como yo, y entonces podré mezclarme en esta clase de negocios, con que nos entretienen tan frecuentemente en la gaceta.

—Pero yo espero, Sir Felipe, que os acordaréis de ser esposo y padre, y que, aun cuando halléis por conveniente tener ese capricho militar, no os precipitaréis en los peligros que de ninguna manera necesitáis correr, no siendo soldado de profesión.

—Lady Bothwell me honra demasiado en demostrar el menor interés por mi seguridad; pero para calmar su lisonjera inquietud, la suplicaré se acuerde de que yo no puedo exponer la vida del venerable padre de familia que recomienda a mi protección, sin arriesgar la de un honrado joven llamado

Felipe Forester, con quien estoy asociado hace treinta años, y de quien no tengo el menor deseo de separarme.

—Sir Felipe, vos sois en efecto el mejor juez de vuestros propios negocios, y yo no tengo derecho alguno de mezclarme en ellos: vos no sois mi marido.

—¡Dios me guarde…! dijo Sir Felipe con presteza; mas sin embargo, añadió al momento, Dios me guarde de privar a mi amigo Sir Geoffrey de un tesoro tan inapreciable.

—Pero sois el marido de mi hermana, repuso Lady Bothwell, y supongo que no ignoráis la tristeza que la aflige.

—Si puede convencerme el oír hablar desde la mañana a la noche, debería efectivamente saber alguna cosa.

—No pretendo medir mi talento con vos, Sir Felipe; pero debéis estar persuadido de que esa tristeza es causada por el temor de los peligros que podéis correr.

—En ese caso me sorprende al menos que Lady Bothwell se tome tanta pena por un objeto tan insignificante.

—El interés que me tomo por mi hermana puede responder por el deseo que experimento de saber los designios de Sir Felipe Forester, cuya suerte, sin este motivo, me fuera indiferente; pero también debo inquietarme por la seguridad de un hermano.

—Vos hablais del mayor Falconer vuestro hermano por parte de madre; ¿pero qué tiene de común con esta agradable conversación?

—Yo creo que los dos habéis tenido algunas palabras, Sir Felipe.

—Por supuesto, nosotros estamos enlazados, y por consiguiente nuestras conversaciones son frecuentes.

—Ya veo que intentáis evadiros para no contestarme. Por palabras quiero decir que habréis reñido sobre vuestra conducta marital.

—Si tenéis por tan simple al mayor Falconer para darme consejos sobre mi conducta doméstica, Lady Bothwell, deberéis persuadiros que me habré incomodado lo bastante para suplicarle guarde sus consejos hasta que se los pida.

—¿Y en esta disposición vais al ejército donde sirve en este momento mi hermano Falconer?

—Ninguno mejor que él conoce el camino del honor, y un candidato de la gloria como yo no puede escoger mejor guía en esta carrera.

—¿Y esa burla fría e insensible es todo el consuelo que dais a los temores que hemos concebido sobre una indisposición que pudiera acarrear consecuencias las más terribles? ¡Gran Dios! ¿De qué materia habéis formado el corazón de los hombres cuando pueden complacerse en nuestros sufrimientos?

Sir Felipe Forester enmudeció, y renunció al tono burlesco con que hasta allí había hablado.

—Querida Lady Bothwell, dijo temiendo que esta dama le abandonaba con repugnancia, uno y otro hacemos mal; vos en estar seria, y yo en no estarlo bastante. La disputa que hemos tenido el mayor Falconer y yo, no es de importancia. Si hubiese habido entre nosotros alguna cosa que debiera terminarse por un duelo, no somos hombres para dilatarlo un momento: permitidme que os diga que si empieza a divulgarse que vos o Lady Falconer tenéis inquietudes por este motivo, sería el verdadero modo de ocasionar una catástrofe, que probablemente no sucederá jamás. Conozco vuestro juicio, Lady Bothwell, y que me entenderéis cuando os diga que mis asuntos exigen una ausencia de algunos meses. Jemina no puede comprenderlo, y en ella se suceden y multiplican las preguntas……

¡Cómo! ¿no podríais hacer esto, o lo otro, y lo de más allá? Y cuando le habéis probado que todos sus expedientes no sirven de nada, es preciso volver a empezar y dar la vuelta otra vez al círculo.

Ahora, pues, tened la bondad de decirla, querida Lady Bothwell, que estáis satisfecha: debéis convenir en que es una persona sobre quien obra más la autoridad que el raciocinio. Dadme solamente un poco de confianza, y veréis cómo me hago digno de ella.

Lady Bothwell movió la cabeza como una persona poco satisfecha.

—¡Cuán difícil es, dice ella, inspirar confianza cuando se ha resentido tan frecuentemente la base en que debe estribar! En fin, yo haré cuanto pueda por tranquilizar a Jemina; y en cuanto a vuestras promesas os hago responsable ante Dios y los hombres.

—No creáis pretendo engañaros. El medio más seguro de nuestra correspondencia será el de dirigirme las cartas sin señas algunas a Helvoetsluys, donde daré orden de que me las envíen más lejos. En cuanto a Falconer, nuestro primer encuentro será teniendo delante una botella de Borgoña: con que tranquilizaos sobre ese particular.

Lady Bothwell no las tenía aún todas consigo; mas sin embargo estaba convencida de que su hermana obraba contra su propia causa tomándola con demasiado calor, y dándolo a entender a las personas extrañas con sus acciones, y a veces con expresiones marcadas sobre el asunto, para que todos se penetrasen de la pena que la causaba el viaje de su marido; lo que acabaría por llegar a noticia de Sir Felipe y excitar su resentimiento; pero no hubo remedio para estas disensiones domésticas que duraron hasta el día de la separación.

Siento no poder decir con precisión el año en que Sir Felipe Forester pasó a Francia; pero era en una época en que la guerra empezaba con nuevo furor. Hubo muchas escaramuzas sangrientas, aunque poco decisivas entre los franceses y los aliados. De todas las mejoras modernas no las hay acaso más grandes que la exactitud y celeridad con que se transportan las noticias desde la escena de una acción cualquiera al país donde podía interesar esta acción. Durante las campañas de Marlborough, la pena de aquellos que tenían parientes o amigos en el ejército, se aumentaban por la incertidumbre en que habían permanecido por algunas semanas después de haber sabido que se habían dado batallas sangrientas, y en las que habían combatido sin duda las personas cuyos nombres hacían palpitar su corazón. Entre las más cruelmente atormentadas de esta incertidumbre, se hallaba la….. ya casi iba a pronunciar el nombre de la mujer abandonada del brillante Sir Felipe Forester. Una sola carta había hecho saber a Jemina la llegada de su marido al continente, pues no había recibido otra. Apareció una relación en los periódicos en la que se hacía mención del voluntario Sir Felipe Forester, diciendo que habiendo sido enviado a un reconocimiento peligroso, misión que había desempeñado con tanta destreza como inteligencia, había merecido las más expresivas gracias y elogios del oficial comandante. La satisfacción que la causaba la distinción que su marido acababa de grangearse, hizo aparecer por el momento un hermoso matiz de rosa en las pálidas mejillas de Lady Forester; pero se confundió al momento entre una palidez mayor aún que antes, causada por la idea sola del riesgo que había corrido: después de esta

noticia no recibieron otra las dos hermanas ni de Sir Felipe ni de su hermano el mayor Falconer. La posición de Lady Forester no se diferenciaba de las de otras cien mujeres; pero como un espíritu débil es naturalmente irritable, la incertidumbre que algunas soportaban con indiferencia, otras con una resignación filosófica, otras con una disposición natural a mirarlo todo lisonjero, para Lady Forester era intolerable, pues al mismo tiempo era sensible, seria, pronta a desfallecerse, y desprovista de toda fuerza de espíritu.

No recibiendo ninguna noticia de Sir Felipe ni directa ni indirectamente, acabó la desgraciada Jemina por hallar una especie de consuelo en esta misma negligencia que tan frecuentemente había causado sus penas.

—¡Es tan poco cuidadoso, tan ligero, tan distraído!! decía cien veces al día a su hermana: nunca escribe no teniendo cosa importante: esta es su costumbre. Si hubiese alguna cosa extraordinaria ya nos hubiera informado.

Lady Bothwell escuchaba a su hermana sin procurar consolarla: pensaba sin duda que las noticias más malas que habían llegado de Flandes tendrían también mucha probabilidad en su certeza, y que la viuda Lady Forester, si el destino quería que llevase este triste título, podría hallar un medio de hallar la felicidad desconocida a la mujer del caballero más brillante y el más distinguido de la Escocia. Esta convicción fue más fuerte cuando después de los informes tomados en el cuartel general, se supo que Sir Felipe no estaba ya en el ejército, sea que hubiese sido hecho prisionero o muerto en alguna de las escaramuzas que había habido a cada momento, en las que gustaba de distinguirse, o bien que por alguna razón desconocida o por capricho, hubiese dejado voluntariamente el servicio sin que ninguno de sus compatriotas o de sus amigos en el campo pudiese formar una conjetura. Al mismo tiempo los acreedores de Sir Felipe en Escocia que llegaron por último a ser muy exigentes, entraron en posesión de sus bienes, y amenazaron a su persona, si era tan temerario que se atreviese a volver a parecer en su país. Estas nuevas desgracias agravaron el resentimiento de Lady Bothwell contra el marido fugitivo; mientras que su hermana no veía en esto más que un nuevo motivo de sentir la ausencia de aquel a quien su imaginación representaba como antes de su enlace, galán, amable y apasionado.

A este tiempo con corta diferencia llegó a Edimburgo un hombre cuya apariencia era también tan extraña como sus pretensiones; era comúnmente

llamado el doctor de Padua porque había sido educado en la famosa Universidad de aquella ciudad: se le tenía por el poseedor de recetas raras de medicina, con las que se afirmaba que había hecho curas maravillosas; mas aunque los médicos de Edimburgo le diesen el nombre de empírico, había un gran número de personas, entre las que se contaban muchos del clero, que aun concediendo la realidad de las curas y el poder de los remedios, alegaban que el doctor Damiotti hacía uso de encantos, y de un arte ilegal para asegurar el suceso de sus recetas. Se prohibió hasta en el púlpito, el valerse de él, buscar la salud por medio de los ídolos, y confiarse de un socorro que venía de Egipto. Pero la protección que el doctor de Padua recibió de algunos amigos poderosos, le permitió despreciar estas imputaciones, hasta establecer en la ciudad de Edimburgo, célebre por su horror a los hechiceros y nigrománticos, la peligrosa reputación de un intérprete de lo por venir. No se tardó en decir que por una cierta gratificación, que regularmente debía ser considerable, el doctor Bautista Damiotti podía hacer saber la suerte de los ausentes, y aun mostrar a las personas que le preguntasen la forma corporal de los amigos que hubiesen estimado y la acción en que se hallasen en el mismo momento. Llegó esta voz a oídos de Lady Forester que había llegado al último grado de aquella angustia en que un desgraciado emprendería si pudiese hasta lo imposible por tener alguna certeza de lo que desea, y salir de la ansiedad que le consume.

Siendo apacible y tímida en las ocasiones ordinarias de la vida, Lady Forester hallaba en el estado en que se encontraba su espíritu, resolución, arrojo y obstinación; y no quedó poco sorprendida Lady Bothwell cuando oyó a su hermana Jemina expresar su resolución de hacer una visita al doctor de Padua y consultarle sobre la suerte de su marido. Lady Bothwell trató de persuadirla ser precisamente una impostura todo cuanto decía y prometía el extranjero.

—Me da bien poco, dijo aquella mujer abandonada a su inquietud, del ridículo a que pueda exponerme. Si hay una sola suerte entre ciento en que yo pueda tener alguna certeza del paradero de mi marido, no quisiera perderla por todo cuanto el mundo encierra.

Entonces Lady Bothwell se apoyó en la ilegalidad, por no poderse adquirir conocimientos de un arte prohibido.

Hermana mía, repuso Jemina, el que se muere de sed no puede menos de beber aunque sea de una fuente emponzoñada; el que sufre una incertidumbre semejante a la mía, debe procurar ilustrarse aunque el poder o medio que le ofrezca sacarla de su inquietud sea prohibido o infernal. Yo iré sola a saber mi suerte y quiero conocerla desde hoy mismo: el sol que ha de salir mañana me hallará si no más feliz, al menos resignada.

—Mira, hermana, dice a su vez Lady Bothwell: si estás decidida a dar ese extraño paso, no irás sola. Si ese hombre es un impostor, podrá alterarte demasiado la emoción que te cause el descubrimiento de su falsedad: si, lo que no puedo creer, hubiese alguna verdad en su arte, no te verás expuesta sola al saber noticias de tan extraña naturaleza: pero reflexiona aún sobre tu proyecto, y renuncia al conocimiento de una cosa que no puedes obtener sin hacerte culpable, y acaso sin peligro.

Lady Forester se arrojó a los brazos de su hermana y estrechándola contra su seno, la dio gracias cien veces de haberla ofrecido su compañía, al paso que se negaba con tristeza a seguir el consejo amigable con que esta oferta había sido acompañada.

Luego que anocheció, hora en que el doctor de Padua recibía las visitas de los que iban a consultarle, las dos damas dejaron sus habitaciones vestidas como mujeres de clase inferior, con su velo ajustado alrededor de su rostro como los llevaban estas clases; porque en aquellos días de aristocracia, la clase de la mujer generalmente se conocía por el modo con que su velo estaba puesto, como también por la finura de su tela. Lady Bothwell era la que había sugerido esta especie de disfraz, en parte para evitar las observaciones mientras llegaban a la casa del adivino, y en parte para hacer una prueba de la penetración de aquel hombre, compareciendo a su presencia bajo un carácter supuesto.

El criado de Lady Forester, hombre de una fidelidad a toda prueba, había llevado al doctor de parte de esta dama, un regalo bastante considerable para que estuviese propicio: el criado había añadido, que la mujer de un soldado deseaba saber la suerte de su marido, y que según toda la probabilidad, era el objeto sobre que se pretendía consultar al señor Doctor.

Hasta el último momento, cuando el reloj del palacio dio las ocho, Lady Bothwell observó a su hermana, esperando que renunciase a su temerario proyecto; pero como la timidez y aun la debilidad, son capaces en ciertos

momentos de designios firmes y resueltos, halló a Lady Forester inflexible en su resolución cuando ya llegó el momento de partir. Disgustada de este paso; pero bien decidida a no abandonar a su hermana en semejante crisis; Lady Bothwell acompañó a Lady Forester en uno de los paseos más oscuros; el criado marchaba adelante de estas damas y las servía de guía: en fin volviendo repentinamente hacia un corredor estrecho, llamó a una puerta que en él había, y que siendo de forma arqueada parecía pertenecer a un antiguo edificio: abriose de repente sin que se viese ningún portero, y el criado, poniéndose de lado, suplicó a las damas que entrasen en la casa: no apenas fueron introducidas cuando la puerta se cerró y las separó de su guía o introductor: las dos hermanas se hallaban entonces en un pequeño vestíbulo o portal, alumbrado por una lámpara lúgubre, y no teniendo después de cerrada la puerta ninguna comunicación con el aire o la luz exterior: la puerta de un cuarto interior se entreabría por el extremo más distante del portal.

—Ahora no hay que vacilar, Jemina, dijo Lady Bothwell; y dirigiéndose a lo interior de la casa las dos hermanas, hallaron luego al doctor rodeado de libros, cartas de geografía, instrumentos de física, y otras máquinas de una forma y apariencia particulares.

Nada había de extraordinario en la persona del italiano; tenía el color moreno y bien pronunciadas las facciones de su país, y representaba como unos cincuenta años: llevaba un vestido completo de paño negro, que era el traje general entonces en los médicos: aquel vestido era exquisito pero sencillo. Grandes bujías en unos magníficos candeleros de plata alumbraban el aposento, y este estaba medianamente amueblado. El doctor se levantó al presentarse las dos damas, y a pesar de su traje, que indicaba un nacimiento inferior, las recibió con todo el respeto y consideración que merecía su clase, y que los extranjeros tributan con exactitud a las personas a quienes por derecho corresponde.

Lady Bothwell procuró guardar el incógnito que se había propuesto, y como el doctor la condujese al asiento distinguido ella hizo un gesto para rehusar su atención, diciendo: Nosotras, Señor, somos muy pobres; y la desgracia sola de mi hermana es la que nos ha decidido a venir para consultaros.

—El doctor entonces se sonrió, e interrumpiendo a Lady Bothwell la dijo:

—Yo no ignoro, señora, la desgracia de vuestra hermana y cuál es la causa: también sé que soy honrado con la visita de dos damas del más alto carácter, Lady Bothwell y Lady Forester: si no pudiese conocerlas, a pesar de la clase que su traje indica, habría poca probabilidad en que yo fuese capaz de satisfacerlas en lo que me vienen a preguntar.

—Me parece que comprendo…, dice Lady Bothwell.

—Perdonad la osadía de interrumpiros, repone el italiano: vos ibais a decir que comprendéis habré yo sabido vuestro nombre por medio de vuestro criado; mas en eso injuriáis a la fidelidad de un buen servidor: y puedo añadir, al talento del que también es vuestro muy humilde servidor Bautista Damiotti.

—No es mi intención injuriar al uno ni al otro, dijo Lady Bothwell conservando un aire sereno, aunque interiormente experimentase un poco de sorpresa; pero la posición en que yo me encuentro tiene alguna cosa de nuevo para mí. Si sabéis, Señor, quiénes somos, debéis saber también el motivo que nos conduce aquí.

—El deseo de saber el destino de un caballero distinguido de Escocia que os interesa mucho, respondió el profeta: su nombre es el caballero Felipe Forester, quien tiene el honor de ser marido de esta señora, y con vuestro permiso, que tiene la desgracia de no apreciar en su justo valor tal fortuna.

Lady Forester suspiró profundamente, y Lady Bothwell repuso:

—Pues que conocéis nuestra intención sin necesidad de que os la digamos, no nos resta más que haceros una pregunta. ¿Tenéis poder para calmar la inquietud de mi hermana?

—Le tengo, señora; pero es preciso que yo os haga antes una pregunta: ¿tendréis valor para contemplar con vuestros mismos ojos lo que hace en este momento el caballero Felipe Forester? ¿O queréis referiros solamente a lo que yo diga?

—Mi hermana es la que debe responder a esa pregunta, dice Lady Bothwell.

—Yo consiento en contemplar por mis propios ojos lo que tengáis poder para mostrarme, dijo Lady Forester con la misma temeridad que la había es-

timulado desde el momento en que había formado la resolución de ir a consultar al Doctor.

—Puede haber en ello peligro.

—Si el oro puede compensarle…, dice Lady Forester sacando su bolsillo…

—Yo no hago tales cosas por el interés, respondió el extranjero: no empleo mi arte con tal objeto; y si tomo el oro del rico es para repartirlo a los pobres; no acepto jamás otra cosa que la cantidad que he recibido ya de vuestro criado: guardad vuestro bolsillo, señora; un iniciado en los misterios de una ciencia no necesita del oro para nada.

Lady Bothwell, reflexionando que el desprecio de la oferta de su hermana era una astucia del empírico o sea charlatán para que le suplicasen aceptase una cantidad más considerable, y deseando que la escena se empezase para verla pronto concluida, ofreció también algún oro, añadiendo que sería bueno le admitiese para hacer mayor la esfera de sus buenas obras tan caritativas.

—Que Lady Bothwell dilate la esfera de su propia caridad, dice el Doctor de Padua, no solo haciendo limosnas, que me consta hace bastantes, sino juzgando del carácter de los demás; y que tenga la bondad de obligar a Bautista Damiotti, suponiéndole honrado, hasta el momento en que haya descubierto que es un bribón. No os sorprendáis, señora, si yo respondo a vuestro pensamiento más bien que a vuestras palabras, y decidme aún si estáis preparada a contemplar el cuadro que voy a ofreceros.

—Confieso, señor, dice Lady Bothwell, que vuestras palabras me inspiran algún temor; pero todo lo que mi hermana desea ver lo miraré también.

—El peligro no consiste sino en el caso en que os falte la resolución: el cuadro no puede durar sino por espacio de siete minutos: si interrumpieseis la visión pronunciando una sola palabra, no solo sería destruido el encanto, sino que podría resultar algún peligro a los espectadores, mas si podéis guardar silencio por siete minutos, vuestra curiosidad quedará satisfecha sin correr el menor riesgo; yo os respondo por mi honor.

Lady Bothwell se figuraba interiormente que semejante garantía era bastante mala; pero disimuló esta sospecha, como si creyese que el adepto, cuyas facciones sombrías expresaban una sonrisa irónica, podía realmente leer

sus más secretos pensamientos. Hubo un momento de profundo silencio hasta que Lady Forester recobró su espíritu para responder al médico, cuyo título se daba; que ella contemplaría con firmeza y en silencio el cuadro que se la debía presentar. Entonces las hizo un profundo saludo, y diciendo que iba a prepararse para satisfacer sus deseos, salió del aposento. Las dos hermanas asidas de las manos, como si esperasen por esta unión estrecha conjurar el peligro que podía amenazarlas, se echaron las dos sobre unas sillas colocadas la una contra la otra, Jemina buscando un apoyo en el valor varonil que tenía comúnmente Lady Bothwell, y esta, acaso más asustada que nunca, procurando alentarse con la resolución desesperada con que la desgracia había hecho animosa a su hermana. La una se decía sin duda que Lady Bothwell nunca había tenido miedo, y la otra podía reflexionar que un acontecimiento de que una mujer tan débil como Jemina no manifestaba el menor sobresalto, no debía ser el objeto de temor para un espíritu tan firme como el de Lady Bothwell.

Algunos momentos después fueron interrumpidas las reflexiones de las dos hermanas por una música, cuyos sonidos eran tan dulces y tan gratos que parecían calculados para alejar todos los sentimientos que no estaban en relación con su armonía, y aumentar al mismo tiempo la emoción que la entrevista precedente había excitado. La música era producida por un instrumento desconocido a las dos hermanas; pero después, algunas circunstancias indujeron a mi abuela a creer que era un armónico instrumento que ella había visto en una época mucho más antigua.

Luego que aquellos sonidos, que parecía salían del cielo, se desvanecieron, se abrió una puerta, y las dos damas vieron a Damiotti de pie sobre un estrado alfombrado en la elevación de tres escalones, y que las hacía señal de llegar. Su traje era tan diferente del que tenía algunos minutos antes, que apenas pudieron reconocerle; y la palidez mortal de su rostro y cierta contracción en los músculos indicando un espíritu que va a entregarse a una empresa extraña o atrevida, había totalmente mudado la expresión un poco satírica con que las miraba, particularmente a Lady Bothwell; tenía los pies desnudos con unas sandalias antiguas; sus piernas estaban descubiertas hasta las rodillas y por cima unos calzones y un chaleco en puntas morunas de seda carmesí, con una especie de capa flotante sobre todo esto, semejante a una sobrepelliz y de un lienzo blanco como la nieve. Su cuello estaba des-

cubierto, y sus largos cabellos negros y tendidos, peinados con cuidado colgaban en toda su extensión.

Las dos señoras se acercaron como las mandó: ya no mostró aquella política y ceremonia con que las había recibido; al contrario, las hizo señal para que avanzasen con aire de autoridad; y luego que las dos hermanas, asiéndose por los brazos, se acercaron con un paso trémulo y receloso al sitio donde se hallaba el encantador, frunció las cejas poniendo los dedos sobre los labios, como reiterando la orden de guardar un silencio profundo, y marchando delante de las damas las guió a un aposento inmediato.

Era una sala disforme alfombrada y colgada toda de negro como para unos funerales: a lo último de ella había una mesa, o más bien una especie de altar, cubierto de una tela del mismo color lúgubre, y sobre ella muchos instrumentos de los que se usan en las brujerías o encantos. Aquellos objetos no se distinguían en el momento en que ellas entraron en el salón, porque no estaban alumbrados sino por la luz de dos lámparas espirantes. El maestro, para servirme de la expresión de los italianos con respecto a semejantes personas, se adelantó hacia la parte superior del salón, haciendo una genuflexión, como la de un católico, ante un crucifijo, y al mismo tiempo hizo la señal de la cruz. Las damas le siguieron silenciosamente siempre asidas de los brazos: dos o tres escalones anchos muy bajos conducían a una especie de azotea frente a lo que podía llamarse altar: allí el maestro se detuvo, e hizo que se sentasen a su lado, repitiendo aún otra vez con un aire misterioso la señal que las imponía silencio. El italiano entonces sacó su brazo desnudo de debajo del vestido de lienzo y avanzó el índice hasta unas cinco antorchas que se encendieron luego sucesivamente solo tocándolas con su dedo, dando de repente una brillante luz a todo el salón: a su claridad las dos damas pudieron distinguir sobre el altar dos espadas desnudas y cruzadas, y un libro abierto que creyeron ser una copia de la sagrada escritura, pero en un lenguaje que las era desconocido; y al lado de este misterioso volumen estaba colocado un cráneo humano: pero lo que más llamó la atención a las dos hermanas fue un espejo muy grande que ocupaba todo el espacio detrás del altar, y que alumbrado por la luz de las antorchas o achones reflejaba los objetos que estaban allí colocados.

El maestro entonces se colocó entre las dos damas y mostrando el espejo las cogió a la una y a la otra de la mano, pero sin pronunciar una sola palabra: al momento miraron la hermosa y sombría superficie a la que se dirigió

su atención, y la vieron en el instante tomar un extraño y nuevo aspecto; ya no reflejó más los objetos colocados delante de ella; como si contuviese interiormente escenas que la fuesen propias, dejó ver imágenes que al principio se mostraron indistintamente y con bastante confusión, como formas vagas que poco a poco toman un cuerpo saliendo del caos y adquieren al fin una perfecta simetría. Así fue como, después de algunas alternativas de luces y de tinieblas sobre la maravillosa luna, se formó por sí misma una gran perspectiva de arcos y de columnas en ambos lados del espejo. En fin, después de muchas oscilaciones, la aparición tomó una forma fija y estacionaria, representando el interior de una Iglesia extranjera: los pilares eran de una hermosura singular y adornados de escudos: los arcos altos y magníficos; el piso cubierto de inscripciones fúnebres; pero no había ninguna reliquia, ni imágenes en lo interior de la Iglesia, cálices ni crucifijos sobre el altar: era un templo protestante del continente: un ministro revestido con una ropa de Ginebra y de una Valona estaba de pie cerca de la mesa de la comunión: delante de él había una Biblia abierta, y un tonsurado, vestido de un ropaje negro estaba a su lado y parecía preparado a ejecutar alguna ceremonia de la iglesia a la que pertenecía.

En fin, una numerosa sociedad entró por medio del edificio, y se parecía a una boda, porque a la cabeza se veía una señora y un caballerito asidos de la mano, seguidos de un gran número de personas de ambos sexos ricamente vestidas. La novia, cuyas facciones se distinguían muy bien, era extremadamente hermosa y parecía no tener apenas diez y seis años: por espacio de algunos segundos el novio marchó con la cabeza vuelta de manera que no se podía distinguir su cara; pero la elegancia de su figura y de su aire causó a las dos hermanas una misma impresión: el joven novio volvió repentinamente la cabeza y quedaron realizados sus temores, pues reconocieron en aquel elegante novio a Sir Felipe Forester. Jemina dejó escapar un débil grito y al momento se oscureció la visión y se deshizo al parecer el encanto.

—Yo no puedo comparar este espectáculo, decía Lady Bothwell, cuando refirió esta maravillosa historia, sino con el reflejo que ofrece un estanque profundo y en calma cuando se arroja en él una piedra con violencia y que los rayos de luz se dispersan y rompen.

El maestro apretó con expresión las manos de las dos señoras, como para hacerlas acordar de su palabra, y del peligro a que se exponían: aquel grito se detuvo entre los labios de Lady Forester y no produjo más que un débil

sonido; la visión, después de una fluctuación de un minuto, volvió a tomar de nuevo su primera apariencia de una escena real, como pudiera representarse en un teatro.

La imagen de Sir Felipe Forester, cuya figura y facciones eran entonces visibles, pareció que conducía hacia el ministro a la joven, la que marchaba con una especie de desconfianza, aunque mezclada de una cierta resolución. En el momento en que el ministro acababa de colocar delante de sí la sociedad que parecía dispuesto ya a principiar el servicio, apareció en la iglesia otro grupo de personas, entre las que había muchos oficiales, y las cuales se adelantaron como movidas de la curiosidad, para ser testigos de la ceremonia nupcial; pero de repente uno de los oficiales, cuyo rostro no se podía ver, se salió del grupo, y se precipitó hacia el altar: toda la sociedad se volvió hacia su lado como admirada de la exclamación que se le había escapado: este oficial sacó al momento su espada, y Sir Felipe Forester imitando este movimiento, se avanzó hacia el desconocido: muchos hombres de la boda, y otros del grupo que acababa de entrar sacaron también sus espadas: resultó un espantoso tumulto mientras el ministro y algunos otros ancianos procuraron restablecer la calma. En fin el espacio de tiempo, durante el que el encantador pretendía hacer obrar su arte, expiró: los vapores se confundieron de nuevo, y desaparecieron poco a poco de la vista: los arcos y las columnas se mezclaron unos con otros, y la luna del espejo no volvió a reflejar más que las luces y el aparato lúgubre colocado sobre el altar.

El doctor volvió a llevar a las damas, que tenían grande necesidad de su socorro, al aposento donde se detuvieron al principio; durante su ausencia se habían preparado vinos, esencias y otros licores capaces de darlas fuerzas: las condujo a unas sillas donde tomaron asiento con el mayor silencio. Lady Forester, más afectada, juntaba las manos y levantaba los ojos al cielo, pero sin pronunciar una palabra.

—¿Y lo que nosotros hemos visto, es lo que realmente sucede en este instante? dijo Lady Bothwell, que recobraba un poco su ánimo en medio de su grande alteración.

—Yo no puedo responderos con toda certeza, contestó el doctor Bautista Damiotti, pero en lo que no debéis dudar es en que eso mismo está sucediendo en este momento, o ha sucedido ya hace poco tiempo. Ese es el último acontecimiento remarcable que ha tenido Sir Felipe Forester.

Lady Bothwell expresó entonces la inquietud que la causaba su hermana, cuya palidez mortal y aparente insensibilidad hacían imposible su marcha.

—Yo he pensado en esto, respondió Damiotti, y he mandado a vuestro criado que haga venir vuestro coche lo más cerca que permita la estrechez de la calle. No tengáis recelo sobre el estado de vuestra hermana, sino hacedla tomar luego que lleguéis, estas gotas que yo he compuesto, y mañana estará mejor. Pocas personas, añadió con un aire triste, salen de esta casa tan buenas como han entrado en ella. Tales son las consecuencias de quererse instruir de lo que se desea por medios misteriosos. Dejo a vuestra penetración el juzgar del estado de aquellos que tienen el poder de satisfacer una curiosidad ilegal. Adiós, no olvidéis la bebida que os he dado.

—Yo no quiero dar a mi hermana nada que venga de vuestra mano, dijo Lady Bothwell; conozco muy bien vuestro arte; acaso queríais envenenarnos para ocultar vuestros sortilegios; pero nosotras somos mujeres que no carecemos de medios para denunciar a quien es culpable de una acción, ni de brazos para vengarnos.

—Yo no os he ofendido en nada, señora, respondió Damiotti; vos habéis solicitado a quien es poco ambicioso de semejante honor: a nadie invita, y solo responde a los que vienen a buscarle. Y sobre todo vos habéis sabido sencillamente con alguna anticipación el mal que estabais condenada a sufrir. Me parece oigo a la puerta las pisadas de vuestro criado; con que no quiero deteneros más ni a Lady Forester. El primer correo del continente os noticiará un acontecimiento de que ya habéis sido testigo. Si me es permitido daros un consejo, no dejéis sin precaución caer en manos de vuestra hermana las cartas que os lleve.

Al pronunciar estas palabras el doctor de Padua dio las buenas noches a Lady Bothwell, y alumbrándolas hasta el portal, se echó al momento un manto negro sobre su traje singular, y abriendo la puerta, confió las dos señoras al cuidado de su criado. Tuvo mucha dificultad Lady Bothwell en conducir a su hermana hasta el coche, a pesar de no tener apenas veinte años: luego que llegaron a su casa tuvieron que llamar un médico para Lady Forester, llegó el de la familia, y sacudió la cabeza con aire poco satisfecho tomando el pulso a la enferma.

—Los nervios de Lady Forester, dijo el médico, sufren una convulsión violenta, y es preciso me informéis cuál es la causa.

Lady Bothwell confesó que había visitado al encantador, y que Lady Forester había recibido malas noticias de su marido Sir Felipe.

—Ese pícaro charlatán va a hacer mi fortuna si permanece mucho tiempo en Edimburgo, dijo el físico: ved aquí el séptimo ataque nervioso, causado por el terror, que me proporciona curar. Después examinó las gotas que Lady Bothwell había llevado sin hacer atención: las gustó, aseguró que convenían perfectamente a la enfermedad de Lady Forester, y que ahorraban un viaje a la botica: el doctor guardó algunos instantes de silencio, y mirando a Lady Bothwell de un modo expresivo, dijo en fin:

—Supongo que nada debo preguntaros sobre la conducta de ese hechicero italiano.

—En verdad, doctor, respondió Lady Bothwell, que miro lo que ha pasado como una confianza; y aunque ese hombre pueda ser un bribón, pues que nosotras hemos sido tan tontas que hemos ido a consultarlo, debemos del mismo modo ser prudentes en guardarle el secreto.

—¡Puede ser un bribón…! Bien, dice el doctor, me alegro oíros hablar de ese modo, conviniendo en la posibilidad de que no sea bueno cualquiera que venga de Italia.

—Lo que viene de Italia puede ser tan bueno como lo que viene de Hanover, doctor: mas no tratemos de esto; debemos ser amigos, y es preciso no hablemos de Whigs y de Torys[8].

—Ciertamente, contestó el doctor, recibiendo sus honorarios y tomando su sombrero, un Carlos me conviene también como un Guillermo; mas desearía saber ¿por qué la vieja Lady Sain-Ringan y toda la sociedad fatigan sus pulmones en alabar a ese extranjero charlatán?

—¡Eh! mejor haríais en llamarle de buenas a primeras sagaz.

—Lady Bothwell y el doctor se separaron fríamente, y la pobre enferma, cuyos nervios habían experimentado la más violenta agitación, se fue calmando poco a poco: procuró combatir los terrores supersticiosos que se habían apoderado de ella, pero la horrorosa verdad, realizó al llegar a Olanda, sus fatales temores.

—Estas noticias fueron enviadas por el célebre conde de Stair; por ellas se supo que había habido un desafío entre Sir Felipe Forester y el hermano

de su mujer el capitán Falconer, del ejército Scoto-olandés, en el que el último había sido muerto. La causa de aquel desafío hacía aún más horroroso tal accidente. Se decía o se suponía que Sir Felipe había dejado repentinamente el ejército a consecuencia de una deuda considerable que había contraído en el juego, y que le era imposible pagar: había mudado el nombre y se había refugiado a Rotterdam, donde había llegado a conciliarse la gracia de un antiguo y rico burgomaestre, y después por el mérito de su persona y sus buenos modales y conducta, había cautivado el corazón de su hija única, muy joven y hermosa y heredera de una fortuna considerable. Encantado de los dones seductores del que se proponía tomar por yerno, el rico comerciante, que tenía una grande opinión del carácter inglés para tomar algunos informes, dio su consentimiento para el matrimonio: estaba ya para celebrarse la ceremonia en la iglesia principal de la ciudad, cuando fue interrumpida por una circunstancia singular.

—El capitán Falconer fue enviado a Rotterdam en busca de una partida de la brigada de los auxiliares escoceses que se hallaban en cuarteles en aquella ciudad, y un hombre de una clase distinguida, a quien había conocido anteriormente, le propuso como partida de placer el ir a la iglesia principal para ver el enlace de uno de sus compatriotas con la hija de un rico burgomaestre. El capitán Falconer fue a la iglesia con el holandés, algunos amigos y muchos oficiales de la brigada escocesa. Fácil es de suponer cuál sería su admiración cuando vio a su cuñado conduciendo al altar aquella hermosa e inocente criatura que iba a engañar indignamente. Publicó en el acto la perfidia de Sir Felipe, y por consiguiente fue interrumpida la ceremonia; pero contra el dictamen de las personas de talento, que pensaban debía ya estar excluido Sir Felipe para siempre de la clase de los hombres de honor, el capitán Falconer aceptó el desafío con que su cuñado le provocó y recibió un golpe mortal: tales son las disposiciones misteriosas de la Providencia: Lady Forester no pudo restablecerse de la pena que la causaron estas noticias.

—¿Y esas escenas trágicas, pregunté yo a la tía Margarita, sucedieron exactamente en la misma época que la aparición del espejo?

—Muy sensible me es tener que desacreditar yo misma mi historia, respondió mi tía; pero a decir verdad sucedió algunos días antes que la aparición.

—De esa manera se puede suponer que por alguna comunicación pronta y secreta pudiera haber recibido el italiano la noticia de este acontecimiento.

—Los incrédulos así lo piensan.

—¿Y qué fue de ese encantador?

—Poco tiempo después se recibió orden de prenderle por crimen de alta traición como un agente del caballero san Jorge[9] y Lady Bothwell, acordándose de las intimaciones que se le habían escapado al doctor, amigo celoso de la línea protestante, se acordó también de que había sido ensalzado por las viejas matronas que tendrían con él la misma opinión política; parece probable que las noticias del continente que podían ser fácilmente transmitidas por algún agente activo y poderoso, le proporcionaban los medios de preparar las escenas fantasmagóricas como la de que la referida Bothwell había sido testigo. Sin embargo era tan difícil dar una explicación del suceso, que hasta el momento de su muerte Lady Bothwell conservó dudas sobre esto, y frecuentemente se veía tentada de romper el nudo gordiano admitiendo la posibilidad de un poder sobrenatural.

—Pero tía mía, ¿y qué fue de ese hombre tan hábil?

—¡Oh! Era un adivino demasiado diestro para no prever que su destino sería trágico si esperaba la llegada del tal hombre, que llevaba una pañanca de plata en la manga[10] tomó prontamente la fuga, y no se supo más de él. Se ocuparon mucho por el momento en las cartas y papeles que se encontraron en su casa; mas todo este ruido se disipó poco a poco, y muy luego quedó olvidado sin hablarse más del doctor Bautista Damiotti, que de Galeno y Hipócrates.

—¿Y Sir Felipe Forester, desapareció también sin poderse saber de su suerte?

—No, respondió mi complaciente relatora. Se habló aún una vez, y fue en una ocasión digna de la mayor atención. Se decía que nosotros los escoceses, cuando existía una nación que tenía este nombre, teníamos entre nuestras muchas virtudes algunas semillas de vicios: se nos acusa particularmente de olvidar rara vez, y de no perdonar las injurias que hemos recibido: se dice también que hacemos un Dios de nuestro resentimiento, como la pobre Lady Constanza se hizo un Dios de su pena[11]; y según Burns, que te-

nemos la costumbre de halagar nuestro cólera para conservar su calor. Lady Bothwell tenía estos sentimientos, y nada en el mundo, exceptuando la restauración de los Estuardos, le hubiera parecido tan delicioso como una ocasión de vengarse de Sir Felipe Forester, que la había privado a un mismo tiempo de una hermana y de un hermano: pero por el espacio de muchos años no se oyó hablar de él por ningún estilo.

En fin, en una fiesta de carnaval donde se hallaba reunido todo lo mejor de Edimburgo, y en la que Lady Bothwell tenía un asiento entre las señoras del palacio; llegaron a advertirla al oído que un caballero deseaba hablarla particularmente.

—¡En particular y en una sociedad! sin duda es loco: decidle que vaya a mi casa mañana por la mañana.

—Ya se lo he dicho, respondió el mensajero; y me ha suplicado os entregue este papel.

Lady Bothwell abrió un papel que estaba cerrado y sellado de una manera singular: no contenía más que estas palabras: Sobre asuntos de vida y de muerte; escritas por una mano desconocida: de repente la ocurrió a su imaginación que este billete podía ser concerniente a la seguridad política de algunos amigos, y siguió al mensajero a un pequeño aposento, donde estaban preparados los refrescos, y de donde estaba excluida la sociedad en general: halló allí a un anciano que al acercarse se levantó y la saludó con el mayor respeto: su aspecto anunciaba una salud quebrantada, y sus vestidos, aunque escrupulosamente análogos a la etiqueta de un baile, estaban muy usados y deslucidos, y eran demasiado anchos, para un cuerpo extremadamente flaco y descarnado. Lady Bothwell tuvo intenciones de ir a buscar su bolsillo para desembarazarse de aquel importuno a costa de cualquier sacrificio que necesario fuese; pero el temor de equivocarse acaso sobre las intenciones que llevaría aquel hombre, la contuvo y le dio tiempo para explicarse.

—Creo tener el honor, dijo el incógnito, de hablar con Lady Bothwell.

—En efecto, yo soy Lady Bothwell, pero disimulad os diga que no es este sitio, ni esta hora la más conveniente para una larga conversación. ¿Qué es lo que queréis? ¿Qué pretendéis de mí?

—¿No teníais una hermana?

—Es cierto y la amaba como a mi alma.

—¿Y un hermano?

—El más valiente, el mejor y más cariñoso de todos los hermanos.

—¿Vos perdisteis estos parientes tan amados por la falta de un hombre desgraciado?

—Por el crimen del hombre más vil, por la mano de un asesino.

—Habéis respondido a lo que deseaba saber, dijo el viejo saludándola, como si desease retirarse.

—Deteneos, esperad, yo os lo mando, exclamó Lady Bothwell: ¿quién sois vos para venir a este sitio a recordarme tan horrorosos sucesos y quién sois? yo quiero saberlo.

—Yo soy un hombre que no quiero mal a Lady Bothwell; y al contrario, soy uno que viene a ofrecerla los medios de cumplir un acto de caridad cristiana de que el mundo se admiraría, y de que el cielo la daría la recompensa; mas no la hallo dispuesta a hacer el sacrificio que tenía la intención de pedirla.

—Hablad claramente: ¿qué es lo que queréis decir?

—El miserable que tan profundamente os ha ofendido se halla al presente en el lecho de muerte: sus días han sido días de miseria, y sus noches, horas de angustias sin reposo. No puede morir sin vuestro perdón: su vida ha sido una penitencia continua; mas sin embargo no puede dejar el pesado fardo de la existencia para terminar sus penas, interín vuestras maldiciones pesen sobre su alma.

—Decidle, respondió Lady Bothwell con un aire sombrío, que implore el perdón de Dios, a quien tan gravemente ha ofendido, y no de un ser mortal como yo, pues mi perdón para nada le necesita.

—¿No, dice el anciano? pues sería una garantía del que entonces podría pedir a su criador y a su mujer que está en el cielo. Acordaos, Lady Bothwell, que un día también os hallaréis en el lecho de la muerte, que vuestra alma, como la de los demás mortales, irá temblando de terror ante el trono de donde emanan los juicios de Dios: ¿qué hará ella entonces de su conciencia con este pensamiento? yo no he perdonado, dirá, y no debo esperar perdón.

—¡Hombre, quienquiera que tú seas!, repuso Lady Bothwell, no me estreches tan cruelmente; sería una blasfemia de hipocresía que pronunciasen mis labios un perdón desmentido por todos los sentimientos de mi corazón: este perdón haría abrirse la tierra, y se vería salir de su seno el pálido fantasma de mi hermana y el espectro ensangrentado de mi hermano. ¡Que yo le perdone! No, jamás.

—¡Gran Dios!, exclamó el anciano, uniendo sus manos, ¿así obedecen tus preceptos divinos los gusanos que has formado del polvo?… Mujer orgullosa y vengativa, gloríate de haber agravado los tormentos de un hombre que muere de miseria y de pena en las angustias de una desesperación honrada; pero no insultes jamás al cielo implorando para ti un perdón que no has querido acordar.

El anciano trataba de marcharse: deteneos, exclamó Lady Bothwell, voy a esforzarme, sí, voy a tratar de perdonarle.

—¡Ah, mujer sensible!, repone el anciano, vos daréis alivio a una alma atormentada que temía abandonar su despojo mortal antes de reconciliarse con vuestro corazón. ¿Quién sabe? vuestro perdón conservará acaso para hacer penitencia, los restos de una miserable vida.

—¡Ah!, dice Lady Bothwell, entrando en una sospecha repentina: este sin duda es el mismo miserable…! y asiendo por el cuello a Sir Felipe Forester, pues era él en efecto, empezó a gritar: al asesino, al asesino, coged este asesino. A esta exclamación tan singular en semejante lugar toda la sociedad se precipitó al aposento, pero Sir Felipe Forester había marchado ya, pues empleando todas sus fuerzas para desasirse de las manos de Lady Bothwell, se había salvado del aposento que caía sobre la meseta de la escalera: era difícil evadirse por aquel lado porque había muchas personas que subían y bajaban; pero el desgraciado estaba desesperado y se arrojó por encima del balaustrado, cayó sano y salvo por el portal, a pesar de una elevación de quince pies lo menos, y al momento se puso en la calle y se perdió en las tinieblas. Algunos individuos de la familia de Bothwell le persiguieron, y si le hubiesen aprehendido hubiera sido inmolado porque en aquella época la sangre que circulaba por las venas de los hombres era una sangre hirviendo difícil de humanizar: mas la policía no se mezcló en este asunto, cuya causa criminal se había formado hacía mucho tiempo en un país extranjero. Se ha supuesto siempre que aquella escena extraordinaria era una experiencia hi-

pócrita por la que Sir Felipe Forester deseaba asegurarse si podía volver a su patria sin temor de resentimiento de una familia a quien tan profundamente había herido.

El resultado de la experiencia hizo creer que Sir Felipe Forester, habiendo sido contrariados sus deseos, se volvió al continente y que murió en su destierro.

Así concluyó la historia del espejo misterioso.

FIN

---

1. Se llaman junqueras los terrenos frecuentemente pantanosos, cubiertos de juncos, de rosales, de espinas, de zarzas y de malezas, que se elevan a una altura bastante considerable para ocultar a los animales feroces que en la India tienen allí sus guaridas.

2. Que dicen el derecho divino.

3. *Whimsicals*.

4. Alusión a la balada de Burger.

5. El hombre amable de una comedia de Cibber.

6. El seductor, de la *Clarisa* de Richardson.

7. Héroe fogoso de una tragedia de Shakspeare.

8. Alusión a los Jacobitas y a los Hanoverianos: el pretendiente, hijo de Jacobo 2.º y padre de Carlos Eduardo, había nacido en Italia, y la casa que reina hoy en Inglaterra viene de Hanover.

9. Este era el nombre que se daba al pretendiente.

10. Traje o señal del agente de policía, o del ordinario del Rey.

11. Personaje de Shakspeare.

¡Gracias por leer este libro de WWW.ELEJANDRIA.COM!

Descubre nuestra colección de libros gratis de dominio público en castellano en nuestra web